

EL BUEN PASTOR

Al final de una cena en un castillo inglés, un famoso actor de teatro entretenía a los huéspedes declamando textos de Shakespeare... Después se ofreció a que le pidieran algunas interpretaciones. Un tímido sacerdote preguntó al actor si conocía el Salmo 22. El actor respondió: “*Sí, lo conozco, y estoy dispuesto a recitarlo sólo con la condición de que después también lo recite usted*”. El sacerdote se sintió incómodo, pero accedió. El actor hizo una bellísima interpretación, y con una dicción perfecta: “*El Señor es mi pastor, nada me falta. En verdes praderas me hace recostar. Me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas. Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque Tú vas conmigo; tu vara y tu cayado me sosiegan. Preparas una mesa ante mí, enfrente de mis enemigos. Me ungues la cabeza con perfume y mi copa rebosa. Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida. Y habitaré en la casa del Señor por años sin término*”. Los huéspedes, al final, aplaudieron vivamente. Llegó el turno del sacerdote, quien se levantó y recitó las mismas palabras del salmo... Esta vez, cuando terminó, no hubo aplausos sino un profundo silencio y el inicio de lágrimas en algún rostro... El actor se mantuvo en silencio; después se levantó y dijo a todos, notablemente emocionado: “*Señoras y señores, espero que se hayan dado cuenta de lo que ha sucedido esta noche: yo conocía el salmo, pero este hombre... ¡conoce al Pastor!*”. Y, dirigiéndose al sacerdote, le dijo: *¡Gracias, Padre!*”.

¡Qué maravilla poder transmitir así! Pero... no nos engañemos; no es difícil, no necesita ensayos ni práctica; sólo puede hacerlo quien, ciertamente, **¡conoce al pastor!** Sólo es fruto de la experiencia de amor vivida. “*Yo soy el buen Pastor. El buen pastor da la vida por las ovejas... Yo soy el buen Pastor, que conozco a las mías y las mías me conocen*”. Así nos habla Jesús a cada uno de nosotros. ¿Podemos decir nosotros que le conocemos? Nuestras obras, nuestras palabras y actuaciones cotidianas lo demostrarán: ¿en quién nos apoyamos, por quién nos dejamos guiar, en qué manos nos confiamos, sobre qué piedra o cimiento construimos...? Porque como dice Pedro: “*Jesús, la piedra desecharada por los arquitectos, se ha convertido en piedra angular; ningún otro puede salvar; bajo el cielo no se nos ha dado otro nombre que pueda salvarnos*”.

Hoy celebra la Iglesia la **Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones**. Sólo responderá a esta llamada quien escuche al Pastor porque su voz seduce siempre. Yo quiero orar, decir cada día con mi vida -para bien de mis hermanos-: *¡Señor... Tú reparas mis fuerzas... Tú me sosiegas... Tú me conduces hacia fuentes tranquilas ... Tú vas conmigo... Tu bondad me acompaña... Tú eres mi roca, mi baluarte!*

¡Cuántas ovejas perdidas precisan encontrar al Pastor! Es inexcusable tarea tuya y mía -amigo lector- que un día también lo puedan conocer.

Luis Emilio Pascual Molina
Capellán de la UCAM